

## MALRAUX, PERSONAJE DE SÍ MISMO

Por: Héctor Ceballos Garibay

La empatía y admiración que siente Olivier Todd por Albert Camus se respiran en cada página escrita por el laureado biógrafo sobre el autor de *La peste*. No acontece lo mismo en el voluminoso libro\* que le sirve a Todd para relatar la vida de André Malraux (1901-1976), uno de los escritores epítomes del siglo XX. Y aunque tampoco tiene la intensidad literaria que palpita en la biografía clásica de Jean Lacouture, los lectores debemos agradecer el cúmulo de reveladores datos que Todd aporta en esta nueva obra y sobre todo su talante desmitificador frente a esa mitomanía y megalomanía que constituyeron la faz turbia de Malraux.

El biógrafo describe, con un cierto aliento recriminatorio, las ambigüedades y contradicciones de su biografiado. Se trata de actitudes moralmente equidistantes que al mismo tiempo carcomen y agigantan una personalidad tan histriónica como la de Malraux. Por un lado está el aventurero, capaz de saquear los tesoros artísticos de un templo budista en Camboya, de especular en la bolsa, de dilapidar la fortuna de su primera esposa, de apropiarse de los recursos financieros de la resistencia antinazi y de traficar con obras de arte. Y por el otro lado aparece el héroe, ya se trate de hechos reales o de acciones exageradas y hasta inventadas por el propio escritor: periodista anticolonialista en Indochina, testigo crítico de la revolución China, combatiente internacionalista en la guerra civil española y coronel de la brigada Alsacia-Lorena que contribuyó a la liberación francesa del yugo alemán.

Malraux, en efecto, fue un hombre de exacerbados contrastes: ¿cómo compaginar al intelectual independiente, celoso de su individualismo, con el “compañero de ruta” de los comunistas, ese Malraux obtuso y adocenado de los años treinta que aduciendo razones pragmáticas prefirió callar –a diferencia de Victor Serge, George Orwell, Arthur Koestler y André Gide– los crímenes del estalinismo: los procesos de Moscú, el gulag ruso y el pacto Hitler-Stalin? ¿De qué manera armonizar ese Malraux que durante los peores años de la ocupación alemana se negó a sumarse a la resistencia y eligió dedicarse a escribir en un confortable castillo del sur de Francia la biografía de T. E. Lawrence, con aquel otro Malraux que, luego de enterarse de la muerte en batalla de sus hermanos Roland y Claude, se incorporó con gallardía a la lucha patriótica de liberación? Existe, asimismo, un abismo entre el joven escritor rebelde que asimiló literariamente las técnicas vanguardistas y anticipó la novela existencialista con su mejor libro *La condición humana* (ganador del Premio Goncourt), y ese totémico señor ministro de la quinta república que pasó los últimos treinta años de su vida rindiéndole loas a Charles De Gaulle y esculpiendo su propio pedestal.

Olivier Todd no tiene dudas: el más fascinante de todos los personajes de Malraux no lo es Chen (el revolucionario de *La condición humana*), ni Kassner (el héroe de *El tiempo del desprecio*, una novela mediocre), ni tampoco Manuel (el patriota de *La esperanza*, el libro que más le entusiasma al biógrafo) sino el propio André Malraux, con sus cualidades y defectos, sus proezas y sus mitomanías, un individuo cuya extraordinaria buena fortuna a lo largo de su vida no estuvo exenta de tragedias intermitentes.

Personaje digno de Shakespeare. Autodidacta que no requirió de estudios universitarios para convertirse en intelectual erudito, sobre todo en cuestiones de arte y literatura. Escritor brillante y prolífico que se negó a ingresar a la Academia Francesa a la espera tortuosa e inútil del ansiado premio Nobel, el cual sí ganaron contemporáneos y competidores suyos como Gide, Camus y Sartre. Viajero infatigable y hedonista limitado por su monolingüismo. Egocéntrico y ambicioso de poder que se enemistó con santones culturales como André Breton y su cofradía de surrealistas, y sobre todo con el grupo existencialista de Jean Paul Sartre, cuya revista *Le Temps Modernes* dejó de editarse en Gallimard por exigencia de Malraux, quien no toleró una crítica en su contra aparecida en ese afamado órgano teórico-cultural. Quiso ser un gran estadista y terminó siendo comparsa del general De Gaulle. Nada, ni la afortunada y sucesiva compañía amorosa de Clara, Josette, Madeleine, Louise y Sophie, todas ellas mujeres con luz propia, alivió su soledad existencial: el precio de amarse demasiado a sí mismo. Como ministro de cultura (1958-1969) desempeñó una labor notable (apertura de numerosas casas de cultura, fructífero intercambio artístico con otros países, intenso desarrollo museográfico, multiplicación de la edición de libros, atinados encargos a Chagall y a Masson para que pintaran los techos de la Ópera y el Odeón, respectivamente) y se entrevistó con grandes estadistas y personalidades, pero ya no escribió obra maestra alguna (sus últimos libros: las *Antimemorias*, *Los robles abatidos* y *El hombre precario* tienen demasiados altibajos y mucha megalomanía, mientras que los ensayos sobre arte no pasaron la criba de los especialistas). Vivió opíparamente y disfrutó de los fastos y privilegios del poder. Quizás el abuso del alcohol y de sicotrópicos le ayudaron a olvidar sus penas: el suicidio del padre, la muerte de Josette, la pérdida de sus hermanos en la guerra y el accidente automovilístico que cegó la vida de sus dos hijos varones, pero no hay duda en cambio que esos excesos precipitaron su decadencia en tanto que escritor y hombre público. Ajeno a los nuevos tiempos, convertido él mismo en un icono de la cultura oficial, se resistió a la descolonización de Argelia y repudió al movimiento estudiantil de 1968. Murió de cáncer el 23 de noviembre de 1976 y veinte años más tarde, en una ceremonia solemne y ostentosa, que nada tenía que ver con el otrora joven rebelde y sí mucho con el Malraux institucional, sus cenizas fueron trasladadas al Panteón.

- Olivier Todd, *André Malraux. Una vida*, Tusquets, Barcelona, 2002, 745 pp.

16 de abril del 2003, Sés Jarhání, Uruapan, Mich.